

to, que nos deja un poco acongojados por el destino triste y amargo de un anónimo conscripto.

Finalmente, diremos que *Relatos Humorísticos Chilenos* es una magnífica antología, aunque no todos sus cuentos sean humorísticos. Estamos ciertos que una investigación más prolija en el fondo literario nacional, servirá para encontrar y descubrir a otros autores humorísticos, además de los seleccionados por Clariana, a quien celebramos su esfuerzo y su interés por ofrecer a los lectores un manojito de valiosos cuentos y relatos nacionales, que servirán para despertar mayor interés por un género que no ha sido debidamente divulgado por los editores ni apreciado por el público.—*Gonzalo Drago*.

San Fernando, 1957.



“MARIANO LATORRE”, de *Francisco Santana*. Ediciones Librería Bello. Santiago de Chile, 1957

Hay quienes creen que Mariano Latorre, junto con desaparecer físicamente, su literatura quedará relegada al olvido, sepultada también como el autor, definitivamente. La fecha de su nacimiento está demasiado cerca para aventurar un juicio categórico sobre lo que de su obra dirá la posteridad. Como cuando estaba vivo se le sigue discutiendo, se le juzga con simpatía o se le rechaza implacablemente. Prueba de lo primero es el estudio que acerca de él ha publicado el crítico Francisco Santana.

Ha procedido Francisco Santana con gran honradez documental, pues prefiere, antes que entrar de lleno a un examen estético, a trazar los rasgos biográficos dentro del mayor rigor cronológico, para lo cual Santana se sirve de fuentes fidedignas. Quienes conocieron a Latorre recuerdan su afición por desconcertar sobre el lugar y fecha de su nacimiento: tan pronto decía haber nacido en Valparaíso como en alta mar o en Burdeos. Pues bien, Santana aclara ambos puntos

y así sabemos con toda probabilidad de certeza de que el autor de *Cuna de cóndores* nació en Cobquecura, el 4 de enero de 1886.

El biógrafo sigue la carrera literaria de su biografiado a través de todas sus incidencias, desde niño cuando escribió sus primeros relatos, hasta la madurez cuando logró la plenitud. Fechas, lugares, nombres de revistas, títulos de poemas y cuentos desfilan en la relación. Sus propias opiniones, con respecto al valor de las creaciones de Latorre, se desprenden de las críticas que reproduce. El papel de Santana es de expositor, con la finalidad de allegar datos y opiniones que sirven de fundamento para colocar a Latorre en el sitio eminente que le corresponde por condiciones de fiel pintor de la naturaleza chilena, en toda su variedad geográfica, y de narrador de episodios campesinos.

A través de las informaciones recogidas por Santana, sabemos de la precocidad literaria de Latorre, de cómo se manifestó su vocación de escritor y cómo ella estuvo orientada hacia el criollismo. Nos refiere también Santana las actividades docentes de Latorre, en la educación secundaria y universitaria, hasta culminar su carrera como director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Une a los testimonios documentales, las palabras autobiográficas, que en mucho aclaran el sentido de la literatura del padre del criollismo. Asimismo alude Santana a lo que se ha llamado querrela del criollismo, y en forma muy particular a la disputa entre criollistas e imaginistas, para lo cual cita opiniones de escritores situados en los bandos divergentes, expone los puntos de vista que tuvieron y menciona a los autores en torno a los cuales se polarizaron los juicios.

Santana no se pronuncia, adopta una actitud expositiva, como quien observa desde un ángulo de absoluta objetividad. Con una nutrida bibliografía y abundantes referencias críticas, reúne un material de primera mano, del cual se desprende que Mariano Latorre sobrevivirá en sus obras y que con una mayor perspectiva de tiempo se le juzgará con la justeza necesaria a toda calificación desapasionada. El trabajo serio, escrupuloso de Francisco Santana, será para los críticos del futuro un aporte de indispensable consulta.—M. R.